



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VI - Nº 67 Noviembre de 2023



*Madre y Medianera
de la Divina Gracia*

Una pequeña joya más sabrosa que el champagne



Dios ofrece el agua a las criaturas en condiciones muy diferentes. Si consideramos el globo terrestre, notamos como ella nos es dispensada torrencialmente: los océanos, los ríos que salen de dentro de la tierra y corren al mar, los lagos y todo cuanto hay de agua en estado gaseoso en las nubes.

¡Cuántas maravillas hizo el Creador con estas criaturas! Entre ellas está una pequeña joya multiplicada por Él indefinidamente.

¿Quién no se encantó viendo una gota de rocío tan pura, límpida y con un tal modo de guardar la luminosidad que incide sobre ella, que la luz parece que se pasea dentro de aquella gotita y se pone contenta sumergiéndose en aquella pureza?

De tal manera la gota de rocío me encanta que, cuando pequeño, viéndola en una flor, la acercaba a los labios y la absorbía, pues no podía convencerme de que una cosa tan linda no tuviese un sabor muy sabroso.

Sin embargo, al notar que no era así, encontraba un pretexto para conservar mi ilusión, pensando: “Cuando sea adulto, entraré en el bosque con un vaso y lo llenaré de rocío. Sólo esa gota no hace sentir todo su sabor, pero si tuviese un vaso lleno de rocío, ¡qué delicia sería! Ciertamente más sabroso que el *champagne*.”

(Extraído de conferencia del 30/7/1994)

Sumario

Vol. VI - No. 67 Noviembre de 2023



En la portada,
Dr. Plinio en 1989

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

2	SEGUNDA PÁGINA <i>Una pequeña joya más sabrosa que el champagne</i>	
4	EDITORIAL <i>Verdad consoladora</i>	
5	PIEDAD PLINIANA <i>Arcoíris, síntesis de la grandeza</i>	
6	DOÑA LUCILIA <i>Amor abarcador y acogedor</i>	
9	HAGIOGRAFÍA <i>Intransigencia y adaptabilidad</i>	
12	LA SOCIEDAD ANALIZADA POR EL DR. PLINIO <i>Belleza divina del Reino de Cristo</i>	
16	DENUNCIA PROFÉTICA <i>Significado de la realeza de Jesucristo</i>	
20	SANTORAL <i>Santos de Noviembre</i>	
22	REFLEXIONES TEOLÓGICAS <i>Majestad, ápice de la grandeza</i>	
30	APÓSTOL DEL PULCHRUM <i>Alianza divina entre lo práctico y lo bello</i>	
36	ÚLTIMA PÁGINA <i>Luz por detrás de las brumas</i>	

Verdad consoladora

En estos momentos de aflicciones y de peligros, cuando la humanidad entera gime bajo el peso de desdichas que se multiplican a todo momento, crecen nuestras necesidades y más apremiantes se tornan nuestras oraciones. Pocas verdades de la Fe concurren de modo tan poderoso para valorizar nuestras súplicas cuanto la Mediación Universal de María, cuando la estudiamos seriamente y la hacemos penetrar a fondo en nuestra vida de piedad.

Enseña la Teología que todas las gracias que recibimos de Dios las debemos a la mediación de María. Así, la Madre de Dios es el canal de todas las oraciones que llegan hasta su Divino Hijo y de los favores que Él otorga a los hombres.

A pesar de que esta verdad suponga que, en todas nuestras oraciones, pidamos la intercesión de Nuestra Señora, aunque no la invoquemos explícitamente, podemos estar seguros de que solo seremos atendidos porque Ella reza con nosotros y por nosotros.

De eso se deduce una conclusión sumamente consoladora.

Si tuviésemos para apoyarnos tan solo nuestros méritos ¿cómo podríamos confiar en el éxito de nuestros pedidos? Entre tanto, Dios quiere que nuestras oraciones sean llenas de confianza; precisamente, esa confianza es una de las condiciones de su eficacia. Ahora ¿cómo tener confianza si, mirando hacia nosotros mismos, sentimos que nos faltan las razones para confiar?

De las tristezas de esta reflexión nos arranca, triunfalmente, la doctrina de la Mediación Universal de María. De hecho, nuestros méritos son mínimos y nuestras culpas grandes. Pero lo que no podemos alcanzar por nuestras solas fuerzas, tenemos todo el derecho de esperar que las oraciones de Nuestra Señora lo alcance. Y jamás debemos dudar que Ella se asocia a nuestras súplicas, cuando son convenientes a la mayor gloria de Dios y a nuestra santificación.

Siendo la Santísima Virgen nuestra Madre auténtica en el orden de la gracia, pues nos engendró a cada uno para la vida eterna, a Ella se aplica fielmente la frase que el Espíritu Santo esculpió en la Escritura: “Puede una mujer olvidarse de su hijo y no compadecerse del fruto de sus entrañas? Aunque ella lo olvidase, Yo nunca me olvidaría de ti” (Is 49, 15) Es más fácil que seamos abandonados por nuestros padres según la naturaleza, que por nuestra Madre según la gracia.

Así, por más miserables que seamos, podemos con confianza presentar a Dios nuestras peticiones. Es conveniente que meditemos incesantemente sobre esta gran verdad.

Católicos como somos, debemos enfrentar en esta vida las luchas comunes a todos los mortales y, además, las que derivan del servicio de Dios. Pero, aunque los horizontes parezcan dispuestos a derramar sobre nosotros un nuevo diluvio, incluso cuando los caminos se cierran delante nuestro, los precipicios se abran y la propia tierra se hunda bajo nuestros pies, no perdamos la confianza: la Santísima Virgen superará todos los obstáculos que fueren superiores a nuestras fuerzas.

Mientras esta confianza no deserte de nuestros corazones, seremos victoriosos y de nada valdrán los engaños de nuestros adversarios; caminaremos sobre áspides y basiliscos, y haremos rendirse a leones y dragones (cf. Sl 91, 13).*

* Cf. “*O Legionario*” n. 455, 1/6/1941.



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.

Arcoíris, síntesis de la grandeza

¡Oh, Madre increíblemente grande! ¡Oh, Reina inexpressablemente dulce y accesible! ¡Oh, arcoíris que reunís en una síntesis incomparable los dos aspectos de la grandeza, es decir, la superioridad y la dadivosidad! Este vuestro esclavo os suplica que llenéis el vacío que existe en su alma, ayudándolo a comprender, a analizar y a entusiasmarse con vuestra grandeza.

Concededle que, por la meditación de vuestra grandeza, sus pensamientos y sus caminos sean los vuestros.

Atended a esta súplica, oh Corazón regio, Sapiencial e Inmaculado de María.

¡Así sea!

(Compuesta en 1967)

Virgen del Socorro – Iglesia de la Merced, Córdoba, España





Amor abarcador y acogedor

La bondad era la virtud que representaba el pináculo del alma de Doña Lucilia. Sin embargo, no era una bondad filantrópica, sino sacral, donde primaba el amor a la jerarquía y a todo lo divino. Eso no disminuía en nada ni debilitaba en ella el amor por lo pequeño, lo débil y flaco, por todo cuanto merecía protección.

Téoricamente hablando, el orden del universo es una cosa y la jerarquía es otra. La primera es la disposición bella, sabia y santa con la cual Dios puso todas las cosas en el Universo. La segunda es la graduación de esa disposición.

Sin embargo, Santo Tomás nos enseña que no sería posible la existencia del uno sin el otro, pues el orden del universo es jerárquico, de manera que quien ama el orden del universo ama la jerarquía y viceversa.

Doña Lucilia favorecía a ambos simultáneamente. Y sin hacer una



Luis Samuel



Daniel A.

distinción muy clara, más implícita que explícitamente tenía un modo de alabar o elogiar ciertas cosas, donde se percibía al mismo tiempo el amor al orden del universo y a la jerarquía, que iban entrelazados. De manera que yo puedo sacar la siguiente conclusión: Doña Lucilia me enseñó a amar todo eso, amando en cada cosa a todas las otras.

Amor, dulzura y cariño que acoge a los pequeños

Generalmente, cuando mi madre tenía oportunidad de estar delante de un pajarito bonito, ya sea suelto, sea en una jaula, con mucho agrado se detenía en su análisis. Y bien entendido, si notase que faltaba alpiste en la jaula, enseguida mandaba a comprar en algún almacén cercano y a poner el alimento para que el ave comiese hasta hartarse; además, mandaba a renovar el agua, a limpiar la jaula, podía incluso enternecerse en la consideración del pajarito.

En ese gesto, por ejemplo, se notaba que su amor por todo cuanto era pequeño, débil y flaco, todo cuanto merecía protección, estaba contenido en el amor materno manifestado a sus hijos. Por lo tanto, *a priori* y *a fortiori*, estaban sus hijos.

Para tener una idea de eso, imaginemos una sala con muchos espejos paralelos que se reflejan los unos en los otros, una especie de ping-pong de luces de dentro de un espejo a otro, y de este para el primero, y los juegos de luz que mudan, por la inflexión de la sala. Así era el amor de ella a varios títulos.

La impresión que me daba cuando me acercaba a Doña Lucilia, era la de que emanaba de ella cierta dulzura a la manera de un círculo, un halo que la envolvía toda, y se expresaba en un cariño y en

una sonrisa invisible llena de acogida, de protección y de alegría, por el hecho de aquella persona ser de esa forma.

Dice el Evangelio que, cuando Nuestro Señor encontró al joven rico (*cf. Mt 19, 16-30*), habiéndolo visto, lo amó. Ese querer bien venía, por lo tanto, en su primer movimiento, de la mirada. Él miró, vio y lo quiso bien. Y eso para mostrar cómo es, por así decir, el mecanismo de formación de la amistad, del afecto, del respeto. En mi madre, la alegría por tener un hijo bueno se manifestaba por esa acogida, por esa mirada.

¡En ella puedo confiar sin límites!

Ahora bien, al lado de esa dulzura surgía mucha seguridad de su sinceridad. Pero era una certeza tal, que si alguien dijese: “¡Oh, qué sinceridad!”, yo quedaría chocado, porque estaría diciendo una cosa evidente. Lo obvio no se dice. Así era su sinceridad.

Otra cosa relevante era su estabilidad. Delante de las incomprendiones más rotundas, su modo de ser no mudó has-

ta morir, fue siempre el mismo. Y eso llevaba a la persona que se acercaba a ella a entregarse y a la quietud: “En ella puedo confiar sin límites. Ella no se va a complicar conmigo por causa de un capricho, de una manía, de un interés grande o pequeño, mezquino o hasta generoso, a no ser que yo haga el mal.”

Todo eso traía una especie de estabilidad que, mezclada con la dulzura, con el cariño, con la capacidad de atracción, tenía una belleza imponderable que yo no sabía en qué resultaba. No era tanto de sus trazos, sino una belleza que parecía irreal. No es propio de las cosas concretas, te-





DOÑA LUCILIA

renas, materiales, ser bonitas de esa manera. Bien se podía suponer que algún ángel proyectase sobre ella algo de su propia luz. Podría imaginar alguna otra hipótesis de ese género, pero es muy difícil entrar en afirmaciones delante de una materia tan bonita, pero también tan misteriosa.

Bondad y sacralidad en el alma de Doña Lucilia

Tomemos, por ejemplo, aquel vestido de gala con el cual Doña Lucilia se hizo tomar fotos en París. Es un vestido bonito que, si no fuese usado por ella, sino por otra persona, perdería mucho. Ella añadía su qué de inexplicable a ese vestido. Es decir, mi madre transmitía cierta forma de armonía y de belleza que la criatura terrena no tiene. De ahí resulta la sensación de un hada. Es verdad que no existen las hadas, pero



Archivo Revista



Dr. Plinio en abril de 1993

la Providencia puede dar esa impresión a la criatura terrena.

¿Cuál era la virtud que representaba el pináculo del alma de Doña Lucilia?

Sin duda alguna, la bondad era la nota característica de su forma de ser. Pero es preciso entender bien esa palabra, pues las personas hoy en día la consideran de un modo abusivo y errado, como una filantropía a veces hasta mala. Con ella no era así.

En ella, la bondad se conjugaba con la sacra-

lidad, que es el pináculo del amor a la jerarquía. Porque cuando amamos la jerarquía, amamos con mayor intensidad lo más alto y, por lo tanto, por encima de todo, aquello que dice respecto a Dios, a sus ángeles, a sus santos, a su Iglesia gloriosa, militante y penitente, al culto divino. Eso es sagrado, es sacral. Y ella amaba todo eso más que las otras cosas. En ella, evidentemente, esa sacralidad se extendía también a personas; como acabo de decir, sobre todo a las personas sagradas y a otras cosas de ese género. ❖

(Extraído de conferencia del 2/4/1993)

Intransigencia y adaptabilidad

Comentando la directriz dada por San Gregorio Magno a San Justo, concerniente al apostolado en Inglaterra, el Dr. Plinio enfatiza la perennidad de la Iglesia incluso en cosas completamente secundarias. La carta indica, al mismo tiempo, mucha adaptabilidad, maleabilidad, en lo que es secundario y una enorme intransigencia en lo que es realmente importante.

Interior de la Catedral de Córdoba, España

El 10 de noviembre se conmemora la fiesta de San Justo, obispo, sobre quien dice Rohrbacher¹, en su obra *Vida dos Santos*, lo siguiente:

Directriz de San Gregorio Magno acerca del apostolado en Inglaterra

San Justo fue compañero de San Agustín en su trabajo de conversión de Inglaterra.

Es, por lo tanto, San Agustín arzobispo de Cantuaria, Canterbury,

en el siglo VI, y no San Agustín de Hipona.

San Gregorio le escribió lo siguiente sobre una consulta.

San Justo hizo a San Gregorio Magno una consulta y éste le dio la respuesta que sigue:

Quando llegues a los pies de nuestro hermano Agustín, dile que, después de haber pensado largamente y examinando bien la cuestión de los ingleses, juzgué que no debía destruir los templos, sino solo los ídolos que están en ellos. Purificarlos con agua bendita, bajar del altar los ídolos y allí colocar reliquias. Si estos templos son buenos, bien contruidos, que pasen de la adoración de demonios al servicio del Dios verdadero, para que esa nación, viendo conservados los lugares a los cuales están acostumbrados, en ellos comiencen a ir más a gusto. Y como



están acostumbrados a sacrificar bueyes a los demonios, establezca cualquier ceremonia solemne, como la de la consagración, o de los mártires de los cuales hay allí reliquias.

Que hagan tiendas de campaña alrededor de los templos convertidos en iglesias y celebren la fiesta con refeciones discretas. En lugar de inmolar ani-

males al demonio, que los maten para comer y dar gracias a Dios que les dio el alimento, para que, dejando cualesquier manifestaciones sensibles de júbilo, puedan insinuarse más fácilmente en las alegrías interiores. Porque es imposible eliminar en los duros espíritus todas las malas costumbres de una sola vez. Poco a poco se puede llegar lejos.

Todos los dioses de los paganos son demonios

Esta carta es muy interesante, en primer lugar, por la afirmación que encontramos numerosas veces en Padres y Doctores de la Iglesia, así como en la Escritura que dice: *omnes dii gentium daemonia* (Sal 95:5) – todos los dioses de los pueblos, de las naciones distintas de Israel, son demonios.

Y eso proviene de este hecho en el cual San Luis Grignon de Montfort pone mucho en relieve: el hombre, después del pecado original, nació esclavo. O es un esclavo de Dios, de Nuestra Señora, o es un esclavo del demonio. No hay remedio. Y puesto que estos pueblos paganos no son esclavos de Nuestra Señora, ni de Dios, son necesariamente esclavos del demonio. Y aquellas cosas que ellos adoran son realmente demonios. Sin hablar de los numerosos casos conocidos de manifestaciones preternaturales diabólicas, relacionadas con el culto de los demonios.

De manera que la expresión es muy característica, violenta y profundamente anti ecuménica. Exactamente en este sentido es interesante esta carta porque indica, al mismo tiempo, mucha ductilidad y maleabilidad en lo que no es importante, y una enorme severidad en lo que es realmente importante.

Templos paganos purificados por la celebración del verdadero culto

Los templos de estas naciones paganas no tenían nada en común con el arte moderno. Éste, es una negación violenta y blasfema de toda forma de verdad y bien.

Es la arbitrariedad artística erigida en afirmación normal de desorden y fealdad. Por supuesto, el arte moderno no puede servir para una iglesia católica. Pero los templos constituidos en otras escuelas artísti-



Pagoda china en Nanjing

cas que podrán no tener la elevación, la sacralidad del gótico, son, sin embargo, escuelas dignas, que realmente contienen verdaderos elementos de belleza y pueden servir adecuadamente para el Culto católico.

Recuerdo que publicamos un artículo de *“Ambientes-Costumbres”*, en *“Catolicismo”*, en el que había una fotografía de una pagoda china, y mostramos cómo era apto para servir al culto católico dentro de una nación china. No que se fuese a construir una pagoda para colocar allí un culto católico, porque cuando se hace debe buscar hacerse lo mejor posible. Pero cuando se recibe el hecho consumado, uno busca aceptar lo que es aceptable. Y la pagoda, hermosa, con mucha nobleza, muchos valores, merecería perfectamente ser aceptada por el culto católico.

Por ejemplo, los héroes de la Reconquista, cuando tomaban aquellas antiguas ciudades moriscas que tenían mezquitas muy bonitas, como la famosa de Córdoba, purificaban las mezquitas, quitaban todos los emblemas del islam e instalaban el culto católico, y hasta el día de hoy se sigue celebrando en estos lugares. Y eso es algo digno, hecho por los propios héroes de la Reconquista.

Cuando Isabel la Católica entró en Granada, una de sus primeras preocupaciones fue precisamente purificar la mezquita más importante de la ciudad y mandó celebrar allí una misa. Era el símbolo principal de la victoria lograda contra el islam.

Intransigencia en lo necesario y ductilidad en lo secundario

Es exactamente, en este orden, que San Gregorio da el consejo a San Agustín. Si los templos tienen características que no difieren o contrarían gravemente el espíritu de culto, deben aprovecharse.

Y luego indica una razón de carácter psicológico: las personas están habituadas a ir al templo. Una

vez que uno elimina el elemento malo, que es el culto idolátrico, ese hábito mueve al individuo a frecuentarlo. Por lo tanto, conviene aprovechar esta circunstancia de nuestro lado.

Observemos cuánta intransigencia en lo que es necesario y cuánta ductilidad en lo que es secundario y que realmente no tiene relación con los principios. Esto no significa ser intransigente con los principios fundamentales y tolerante con los principios secundarios. Eso sería una abominación. Con los principios, uno es intolerante en todos los ámbitos, hasta donde ellos lleguen. Pero una parte de la realidad que escapa, bajo varios aspectos, al ángulo de los principios se puede ver con esta amplitud.

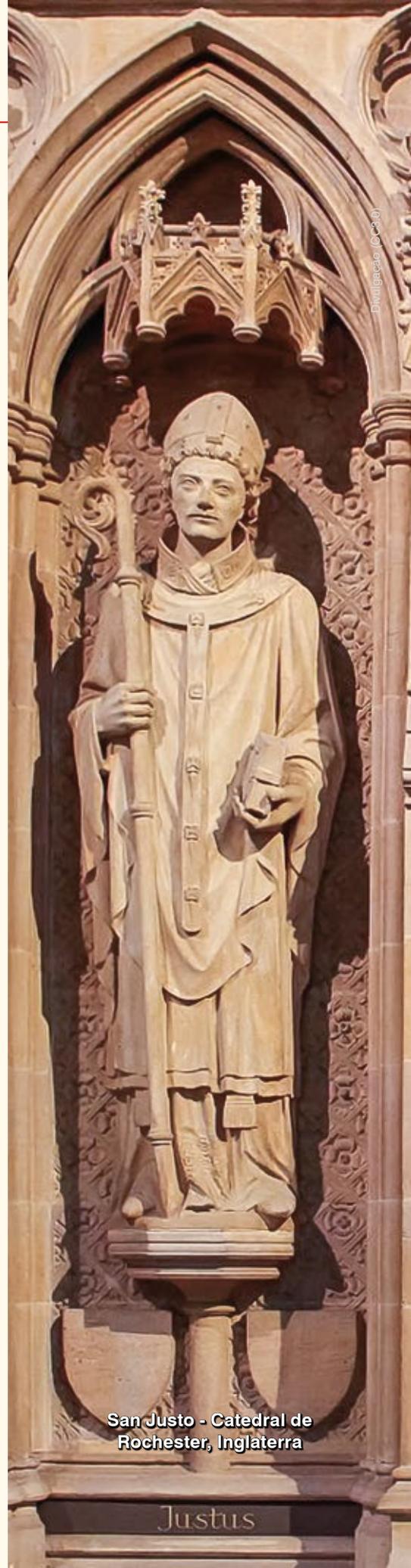
Miremos las holganzas o fiestas realizadas junto a las iglesias. Muchas de ellas son de dudosa moralidad, culturalmente repelentes y sin expresión de valor piadoso en ningún sentido de la palabra.

En el caso anterior, vemos lo contrario. San Gregorio Magno tenía barracas construidas alrededor de las iglesias, que, en esa noche de los tiempos, eran propiamente para esas fiestas. ¿Para qué? A fin de realizar grandes banquetes, porque esas personas estaban acostumbradas a comer. Y él indica un significado religioso a la comida: celebrar a Dios que les ha dado esa comida, y alegrarse con ello; era un poco de regocijo después del trabajo. Y con esto la gente se sentía atraída.

Vemos cómo estas cosas están vinculadas y dan bien una expresión de la perennidad de la Iglesia, incluso en cuestiones enteramente secundarias. ❖

(Extraído de conferencia del 9/11/1966)

1) ROHRBACHER, René-François. *Vida dos Santos*. São Paulo: Editora das Américas. 1959, v. XIX, p. 287-288.



San Justo - Catedral de Rochester, Inglaterra

Justus



Belleza divina del Reino de Cristo

El reinado de Nuestro Señor Jesucristo se ejerce sobre las almas. Cada individuo, nación, Orden religiosa, forma como que una provincia, un cielo. La armonía de esas almas individuales y de esos grupos humanos constituye en su totalidad la belleza divina del Reino del Divino Salvador.

La primera vez que fui a Europa, el avión que me condujo se llamaba *Ciel de Lorraine*. Noté después que había una serie de aviones con títulos así: Cielo de esto, Cielo de aquello...

Teoría de la diversidad de los cielos culturales

Se encuentra envuelta en eso la idea de que el cielo de la provincia de Lorena no es el mismo del de *Île-*

de-France y este no es el cielo de *Auvergne*. Por tanto, a cada provincia, con sus características regionales y su forma de cultura, corresponde un cielo, ya no el atmosférico, sino otra especie que no es tampoco el Cielo



sobrenatural. Se trata de un cielo de cultura. Aunque a partir de la tierra veamos el mismo azul en la *Lorraine* o en la *Champagne*, hay cualquier cosa que los diferencia entre sí como también de la dulzura del cielo de la *Île-de-France*, por ejemplo.

Entonces, aunque se sepa que las nubes y el cielo, realmente con algunas variantes, pero al final de cuentas son los mismos por todas partes, tiene un sentido el hablar de un cielo de Lorena, un cielo de *Auvergne*, etc., y esta teoría de la variedad de los cielos incluye una especie de teoría de la diversidad de los cielos culturales, y de una proyección al cielo físico de valores culturales de la Tierra y de una impregnación de estos por elementos vinculados del cielo astronómico-celeste, conforme se presenta en un lugar, constituyendo un solo todo que forma en cada provincia a bien decir un cielo. La luz de luna de Ceará, por ejemplo, compone un cielo, por lo menos nocturno, enteramente especial.



Cada provincia es una especie de valor de alma que tiene un significado propio y cuya posesión es un elemento capital para la integridad del reino. Este, perdiendo una provincia, más que quedar privado de unos tantos territorios, pierde algo que es

un valor moral, cultural, el cual, desmembrado del reino, hace que éste pierda su integridad y quede como, por ejemplo, una imagen sagrada de la cual se corta una parte. Es decir, algo de irremediablemente mutilado, mientras aquella unidad no se reintegre.

Por causa de esto, por ejemplo, los franceses, con mucho sentido de las cosas, hicieron lo siguiente: Cuando Alsacia y la mitad de la Lo-



Auvernia

Jules (CC3.0)



Metz, capital de la provincia de Lorena

Gabriel K.



rena fueron tomadas en la Guerra de 1870, envolvieron con tela de luto las estatuas que representaban en París esas provincias, significando que la tela sería quitada cuando aquellas provincias fuesen reconquistadas.

Era un luto de Francia y de la provincia. Un luto de alma a causa de esa unidad ideal que es la substancia de la verdadera unidad del reino.

Cada individuo es como una provincia del Reino de Nuestro Señor

¿A qué propósito vienen estas consideraciones en la fiesta del Reinado de Cristo?

Tengo la impresión de que quien no detuvo su atención sobre esa realidad de la que acabo de hablar, no posee toda la facilidad deseable para comprender bien lo que es el Reino de Nuestro Señor Jesucristo.

Es el Reino sobre personas y no sobre territorios. Un Reino sobre almas en que cada individuo, grupo humano, nación, orden religiosa, familia, constituye como que una provincia, un cielo. Es la armonía de todos estos grupos humanos, todas estas familias de alma, todas esas almas individuales que constituye en su totalidad la belleza divina del Reino de Nuestro Señor Jesucristo. Y el Redentor, como Rey, defiende cada alma contra el ataque del adversario con un amor, un conocimiento del valor de aquella alma y de lo que ella significa para la unidad de

Arquivo Revista



Dr. Plinio en 1964

su Reino, mucho más que lo que el Rey de Francia defendería Auvernia, Lorena o cualquier otra cosa.

Cada uno de nosotros es la Lorena, la Alsacia, la *Île-de-France* de Nuestro Señor Jesucristo. Él sabe que, así como hay el cielo de una provincia, existe el cielo de un individuo que corresponde a su luz primordial¹ objetiva y subjetiva. Esto en su todo es una especie de firmamento de belleza espiritual propio a cada uno de nosotros, que el Divino Salvador ama con un empeño con que un verdadero francés debe, por ejemplo, amar la Lorena o el cielo de la Lorena.

Es decir, es este valor de carácter moral y espiritual que se debe amar. Esto nos lleva, entonces, a considerar lo siguiente. Las provincias o los municipios del Reino de Cristo Rey son los hombres. Cada vez que Nuestro Señor pierde o disminuye el ejercicio efectivo de su realeza sobre un alma, se da en Él, en su vida terrena, una tristeza parecida a la del rey que pierde su provincia; una especie de orden de belleza ideal se pierde. Pero cada vez que alguien vuelve a Él, el Divino Salvador tiene todas las alegrías de esa re-conducción. Es esto lo que se juega continuamente en la fiesta de Cristo Rey.

El cielo para el cual Nuestro Señor nos llamó...

Existen cielos para las varias familias de alma. ¿Cuál será el que corresponde a la nues-

tra? En la armonía de valores espirituales, que es el Reino de Cristo Rey, ¿qué representa nuestra familia espiritual? ¿Qué valores morales, qué vocación, qué llamado para la virtud, para el heroísmo, para la dedicación incondicional, para enfrentar todas las formas de riesgo, de trabajo, de desgaste, de humillación, en fin, todo cuanto está contenido en este valor especial que Nuestro Señor Jesucristo creó para esta época, y para el cual Él nos llamó?

Entonces nosotros debemos tener, en la fiesta de Cristo Rey la siguiente preocupación: ¿el designio del Redentor a nuestro respecto se está realizando?

do y, por tanto, su Reino es efectivo en nosotros, como tiene derecho a serlo? ¿Nosotros somos aquello que Él quería que fuéramos?

Es preciso decir que, aunque no se pueda responder pura y simplemente sí, sobre todo, gracias a Dios, no se puede responder pura y simplemente no. Debemos, al formular esta pregunta, tener la alegría de decir que el fondo de cuadro es una afirmación. Y gracias a Dios. Nosotros somos para Nuestro Señor Jesucristo, en esta época en la que Él es tan perseguido y tan flagelado, una gran consolación.

Pero, por otro lado, esto nos debe dar el deseo de ser y dar todavía más, para que se integre sobre nosotros el ejercicio efectivo de su poder. De manera tal que tengamos toda aquella belleza de alma, la cual sería propiamente nuestro cielo en ese conjunto de hermosuras que debería ser, en los días de hoy –y de hecho lo es–, la Santa Iglesia Católica. Porque esta, por más desfigurada y profanada que esté, es un jardín donde continuamente brotan flores para Nuestro Señor. Y nosotros tal vez sólo en el día del Juicio Final podremos saber cuántos santos florecen en el desconocimiento, en la ignorancia, en el abandono, aislados y odiados aquí y allá, dando a Dios una gloria completa y magnífica

...y cuya estrella central es el Inmaculado Corazón de María

Es así que cada uno de nosotros debe ver la actual situación y, cuando fuere a comulgar, preguntar con qué disposición el Redentor me recibe. ¿Qué gracias, qué generosidad está Él dispuesto a concederme?

Estas cosas en la vida son una especie de regla de tres. Nuestro Señor recibe a cada uno de nosotros en la Eucaristía con una alegría, una cierta medida de tristeza y mucha esperanza.

Esto, en el conjunto, constituye la incompleta realeza de Cristo sobre cada uno de nosotros, pero que, caminando a ser completa, es una razón continua de alegría para Él.

Así, pidamos al Redentor, por medio de Inmaculado Corazón de María, que nos dé la comprensión de todos estos cielos de la Iglesia Católica, del Reinado de Nuestro Señor Jesucristo, de que nosotros somos individualmente y como familia de almas una especie de cielo dentro de ese conjunto de cielos. Un cielo preciosísimo porque su estrella central es el Inmaculado Corazón de María. Estrella más preciosa no podría haber.

Que comprendamos las gracias recibidas, cuánto motivo tenemos para esperar perdón, misericordia, y roguemos muchos favores con grande empeño y desembarazo, con una respetuosa desenvoltura. A esto nos conducen estas altísimas consideraciones. ❖

(Extraído de conferencia del 21/10/1964)

- 1) Luz primordial es el aspecto de Dios que cada alma debe reflejar y contemplar, en función de la cual precisa ordenar toda su existencia y su vocación personal. La luz primordial objetiva está en el Creador y la subjetiva se encuentra en el alma de la persona



Cristo Rey - Iglesia de Cristo Rey, Barcelona

Significado de la realeza de Jesucristo

El Reino de Dios está dentro de nosotros. Ahora bien, a pesar de ser pequeño en su extensión, él tiene un valor infinito porque costó la Sangre de Cristo. Por eso, cada uno de nosotros debe conquistarlo para Nuestro Señor, destruyendo todo aquello que, en nuestro interior, se oponga al cumplimiento de su Ley.

Sagrado Corazón de Jesús – Iglesia de los Santos Juanes, Valencia, España

El domingo en que la Santa Iglesia de Dios celebra la realeza de Nuestro Señor Jesucristo se llenarán, en el mundo entero, los templos católicos con una multitud piadosa, que irá a depositar al pie de los altares sus súplicas y oraciones. Contemplando en espíritu esa inmensa multitud, compuesta de personas oriundas de todas las razas y de todos los puntos del globo, tan numerosa que, según la previ-

sión del Apocalipsis, “nadie la puede contar” (*Apoc 7, 9*), un pensamiento se apodera de mí. Y al mismo tiempo experimento el deseo imperioso de comunicarlo a mis lectores.

Una verdad áspera y dolorosa

Me sería, sin duda, mucho más grato y fácil ceñirme exclusivamente a consideraciones de orden gene-

ral sobre la Realeza de Nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo, tengo la certeza de que tales consideraciones otros las harán. Pero el pensamiento que está en mí, ¿puedo yo, por ventura, tener certeza de que todos los demás lo tuvieron, y de que, en una hipótesis afirmativa, lo exteriorizarán? Una dolorosa negativa me responde a esta pregunta. Y por eso, dejando a otros una tarea – a propósito, incontestablemente indispensable

ble y fundamental –, voy a hacer la más ingrata, oscura y desagradable, no obstante más necesaria: la de decir una verdad áspera y dolorosa en este gran día de fiesta.

Los buenos pensamientos tienen esto de característico: cuando son aprovechados, sirven de remedio tanto a nosotros mismos cuanto al prójimo. Cuando, sin embargo, los rechazamos en nuestra vida interior, o los callamos en nuestras relaciones con el prójimo, ellos se transforman, según San Pablo, en carbones ardientes que nos caustican y calcinan el alma. ¡Ay de los que recibieron y, por egoísmo o cobardía, no atendieron los buenos consejos!



Correio da Manhã Fund, Arquivo Nacional (CC3.0)



Juicio Universal – Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, Gijón, España

Flávio Lourenço

¡Ay también de los que, por cobardía o egoísmo, callaron los buenos consejos que podrían haber dado! Estos consejos saludables que no exteriorizaron, los quemarán a ellos mismos en su interior, como brasas ardientes. Y en el día del Juicio serán tomados en cuenta como talentos desaprovechados.

Cuando pronunció su magistral alocución en Lisieux, el entonces Cardenal Pacelli, ya predestinado

por el Espíritu Santo para regir futuramente a la Iglesia de Dios, hizo una queja amarga que nos cabe recordar. Dijo él que, entre muchos hombres que desobedecen hoy las palabras de los Pontífices, hay una categoría que le causa una amargura especial al Papa. No se trata de los que no tienen fe, ni de los que, teniendo una fe muerta e inoperante, no procuran oír lo que el Papa les dice. Los que más hacen sufrir al Papa



DENUNCIA PROFÉTICA

– y este es el punto que nos interesa – son los que, al pie del púlpito, en una actitud exterior correcta y reverente, oyen la palabra del Vicario de Cristo comunicada por la Jerarquía Eclesiástica, ipero no la comprenden, si la comprenden no la aman, y si la aman platónicamente no la ponen en ejecución!

“Vino a su propia casa, y los suyos no lo recibieron”

Así, hoy en día, ¡cuántos y cuántos católicos, elevados por el Bautismo a la dignidad de ciudadanos del Reino de Dios, ni siquiera cumplirán el precepto dominical! ¡Cuántos otros católicos, además, yendo a la iglesia, oirán algún sermón sobre la Realeza de Jesucristo, sin saber y sin procurar saber cuál es el sentido se debe atribuir a esta fiesta tan clara y tan litúrgica!

¡Cuántos católicos, finalmente, acompañando incluso el propio texto de la Liturgia Sagrada, atenderán las maravillosas lecciones que ella contiene sobre la Realeza de Jesucristo y no la comprenderán! ¡Cuántos católicos que procuran implantar el Reino de Cristo en el mundo entero, olvidan o ignoran de que deben comenzar por implantarlo dentro de sí mismos! ¡Y cuántos otros suponen que pueden implantar realmente dentro de sí ese Reino, sin sentir un deseo ardiente y devorador de implantarlo

en el mundo entero! En otros términos, ¿no son tales católicos del mismo jaez de aquellos que oyen correctamente, empero solo con los oídos del cuerpo y no con los del alma, lo que les dice la Iglesia por la voz de los Pontífices?

La doctrina de la Realeza de Jesucristo está íntimamente unida a la bellísima y piadosísima práctica de la entronización del Sagrado Corazón de Jesús en los hogares. Si se entroniza la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en el lugar más noble del hogar, es justamente porque se reconoce que Él es Rey. Sin embargo, ¡cuántos hogares hay por ahí en los que la imagen está entronizada en la sala, pero Cristo no está entronizado en los corazones!

Evidentemente, no quiero exagerar la tristeza, ya de sí tan grande de este escenario, cometiendo la injusticia de despreciar lo que hay de bello y de bueno, a pesar de esas lagunas. Cualquier acto de piedad, cualquier actitud de reverencia hacia la Iglesia de Dios, por más superficial e insignificante que sea, debe ser por nosotros, católicos, apreciado, amado y estimulado con un celo inmenso, reflejo directo de nuestro amor a Dios. Lejos de nosotros, pues, un pesimismo de sabor farisaico que nos haga contestar todo y cualquier valor a esas prácticas de piedad, desde que sean sinceras, por más que la frialdad o la ignorancia les torden el brillo sobrenatural.

No obstante, hecha esta reserva, la verdad está ahí: la queja de San Juan aún hoy es muchas veces procedente: *in propria venit et sui eum non receperunt... (Jn 1, 11)*¹.

Cristo es Rey por ser Dios

A propósito, no sería difícil conocer la Doctrina de la Iglesia sobre la Realeza de Jesucristo. En su infinita misericordia, Dios se dignó comparar el amor infinito con que nos ama al amor que nos tie-



nen nuestros padres. Evidentemente, no quiere esto decir que Él haya reducido en la comparación las dimensiones insondables de su amor, para mezquinarlas hasta las proporciones exiguas de los afectos de los cuales los hombres son capaces. Por el contrario, si Él se sirvió de esa comparación del amor paterno, fue apenas para darnos a entender, de lejos, cuánto Él nos ama. Si diéramos a la palabra “padre” el sentido que ella tiene en el orden natural, Dios no es apenas nuestro Padre, sino mucho más que eso, por ser nuestro Creador. Sin embargo, como la función del padre, en la naturaleza, no es sino la de coadyuvar a Dios en la obra de la Creación, si alguien merece en realidad el nombre de Padre, es Dios. Y nuestro padre según la naturaleza no es otra cosa sino el depositario de una parcela de la paternidad que Dios tiene sobre nosotros.

Lo mismo se da con la Realeza de Jesucristo. Para hacernos comprender la autoridad absoluta que, como Dios, Él tiene sobre nosotros, Jesucristo se dignó compararse con un Rey. Sin embargo, como por Él reinan los reyes, y la autoridad de los reyes solo es auténtica por provenir de Él, en realidad, el único Rey, Rey por excelencia, es Él. Y los reyes o jefes de Estado no son sino humildes acólitos, de los cuales Él se digna servir en la obra de la dirección del mundo. Cristo es Rey por ser Dios. Llamándolo de Rey, queremos simplemente afirmar la omnipotencia divina, y nuestra obligación de obedecerle.

¡Obediencia! He aquí uno de los conceptos contenidos esencialmen-



El Dr. Plinio en 1939

Revista da Semana, 29 de abril de 1939

te en el concepto de la Realeza de Nuestro Señor Jesucristo. Cristo es Rey, y a un rey se le debe obediencia. Festejar la Realeza de Nuestro Señor Jesucristo es festejar su poder sobre nosotros. E, implícitamente, nuestra obediencia con relación a Él.

¿Cómo se obedece a un Rey? La respuesta es simple: conociendo su voluntad y cumpliéndola con una exactitud amorosa y pormenorizada. Así, pues, el único modo de que obedezcamos a Cristo Rey es conocer su voluntad y seguirla.

Seamos soldados de Cristo Rey

De esta noción tan clara, simple y luminosa, un programa de vida también claro, luminoso y simple se sigue.

Para conocer la voluntad de Cristo Rey debemos conocer el Catecismo. Porque es allí, a través del estu-

dio de los Mandamientos, estudio este que solo será completo con el de toda la Doctrina Católica, que conocemos la voluntad de Dios. Y para seguir esta voluntad debemos pedir la gracia de Dios por la oración, por la práctica de los sacramentos y por nuestras buenas obras. Finalmente, por la vida interior, esto es, por la lectura espiritual, por la meditación y por la vida vivida exclusivamente a la luz del Catecismo, seguiremos la voluntad de Dios.

Dijo Nuestro Señor que el Reino de Dios está dentro de nosotros mismos. Ahora bien, este pequeño Reino, pequeño como extensión, pero infinito como valor porque costó la Sangre de Cristo, cada uno de nosotros lo debe conquistar para Nuestro Señor, destruyendo todo aquello que, dentro de nosotros, se oponga al cumplimiento de su Ley.

Finalmente, las Leyes de Cristo se aplican no apenas a un individuo en particular, sino a los pueblos y naciones. Que los pueblos conozcan y practiquen en su organización doméstica, social y política, las encíclicas, que son la expresión de la propia voluntad de Dios, y Jesucristo será Rey.

En otros términos, seamos buenos católicos; siéndolo, seremos necesariamente apóstoles; y siendo apóstoles, seremos necesariamente soldados de Cristo Rey. ❖

(Extraído de O Legionário, No. 372, del 29/10/1939)

1) “Vino a su propia casa, y los suyos no lo recibieron”



SANTORAL

1. Solemnidad de Todos los Santos.

San Nuno de Santa María Álvares Pereira, religioso (+1431). Religioso, militar y aristócrata portugués, conocido como el “Santo Condestable”. Fue recibido en la Orden de los Carmelitas, después de recibir gracias extraordinarias de conversión, mientras era comandante militar de la defensa del reino de Portugal. En su vida de religioso, fue hombre de mucha piedad, humildad y gran devoción a la Santísima Virgen María. Murió en el convento del Carmelo, fundado por el mismo, en Lisboa, Portugal.

2. Conmemoración de los Fieles Difuntos.

3. San Pedro Francisco Nerón, presbítero y mártir (+1860). Miembro de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. El emperador vietnamita Tu Duc, inició una terrible persecución contra los católicos y San Pedro cayó prisionero. Fue torturado y finalmente lo decapitaron mártir en Tonquín, Vietnam.

4. San Carlos Borromeo, obispo (+1584).

5. XXXI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Donino, mártir (+307). Cuando Diocleciano inició la persecución a

los cristianos, Donino era un médico muy joven y fue tomado prisionero, lo mandaron a trabajar en las minas de Mismiya y por mantenerse firme en la fe, padeció innumerables vejaciones y al final, el prefecto Urbano ordenó que lo mataran lanzándolo al fuego.

6. Santos Calínico, Himerio, Teodoro, Esteban y compañeros, mártires (+638). Eran soldados en Gaza y fueron hechos prisioneros por los sarracenos, al ocupar la ciudad. Animados por las palabras y ejemplo del obispo San Sofronio, confesaron con coraje su fe en Cristo, por eso los degollaron y alcanzaron la gloria del martirio.

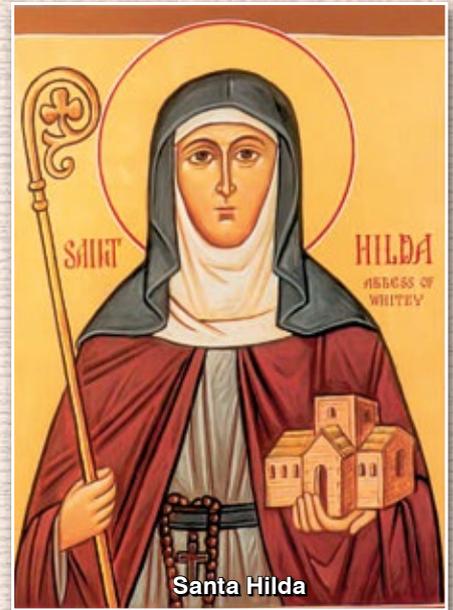
7. San Teófilo, obispo y mártir (+840).

8. San Adeodato I, Papa (+618).

9. Dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán.

San Andrés Avelino, presbítero (+1608). Sacerdote teatino, nacido en Nápoles y llevado por San Carlos Borromeo a Milán, donde su predicación fue motivo de conversión de innumerables pecadores. Murió a los pies del altar, mientras se santiguaba, al iniciar la celebración eucarística.

10. San León I el Magno, Papa (+461). Según Benedicto XVI, el pa-



Santa Hilda

pado de San León, fue “uno de los más importantes de la historia de la Iglesia”.

11. San Martín de Tours, obispo (+397).

12. XXXII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Josafat, obispo y mártir (+1623). Luchó incansablemente por la unidad en la fe de su pueblo. Con amor y piedad cultivó el rito católico, bizantino-eslavo. Estando en Vitebsk, Bielorrusia, en ese entonces bajo el gobierno de Polonia, una multitud enardecida lo persiguió y asesinó, como fiel defensor de la verdad católica y la unidad de la Iglesia.

13. San Eugenio de Toledo, obispo (+657). Exhortó incansablemente a la observancia perfecta de la sagrada liturgia.

14. San Serapio, mártir (+1240). Protomártir de la gloriosa Orden de los Mercedarios.

15. San Alberto Magno, obispo y Doctor de la Iglesia (+1280). De la Orden de Predicadores, profesor de disciplinas filosóficas y teológicas. Conciliaba muy bien la sabiduría de los santos con las ciencias naturales y las huma-



San Josafat

* NOVIEMBRE *

nas. Maestro de Santo Tomás de Aquino. Murió en Colonia, Alemania.

16. Santa Inés de Asís, virgen y abadesa (+1253). Hermana de Santa Clara de Asís, quien junto a ella decidió ser religiosa bajo la dirección de San Francisco.

17. Santa Isabel de Hungría, viuda (+1231). Princesa húngara y de la orden tercera franciscana, de la cual fue nombrada su patrona espiritual.

Santa Hilda, virgen (+680). Abadesa. En Nortumbria, actual Inglaterra, fue nombrada para regir el monasterio de Whitby, donde se dedicó a formar las monjas en el cumplimiento de la regla benedictina, el trabajo y la caridad.

18. Dedicación de las Basílicas de San Pedro y San Pablo.

San Odón de Cluny, abad (+942). Contribuyó a que fuera célebre y centro de irradiación del espíritu de San Benito, la Abadía de Cluny en Francia.



San Eugenio de Toledo

19. XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

Santos Roque González, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo, presbíteros y mártires (1628).

Santa Matilde de Hackeborn, virgen (+1298). Desde joven tuvo notables experiencias místicas cuyo centro principal era el Sagrado Corazón de Jesús. Su hermana era Santa Gertrudis, también cisterciense y abadesa del convento de Helfta, Alemania.

20. San Gregorio Decapolita, religioso (+s. IX). Anacoreta y monje, luchador contra la herejía iconoclasta en Constantinopla.

21. Presentación de la Santísima Virgen María.

22. Santa Cecilia, virgen y mártir (+230).

Beatos Salvador Lillo, presbítero, Juan y 6 compañeros, mártires (+1895). Soldados otomanos los asesinaron, atravesándolos con lanzas por no renegar de Cristo, en Maras, Cilicia.

23. San Clemente I, Papa y mártir (+s. I)

San Columbano, abad (+615).

Santa Cecilia Yu So-Sa, mártir (+1839). Por odio a la Fe católica que profesaba, le confiscaron todos sus bienes y la encarcelaron, donde murió a los 80 años después de ser condenada a los azotes.

24. San Andrés Dung-Lac, presbítero, y compañeros, mártires (+1839).

San Alberto de Lovaina, obispo y mártir (+1192). Obispo de Liege, Bélgica. Martirizado en Reims, Francia.

25. Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir (+305).

San Pedro Yi Hoyong, mártir (+1838). Catequista. Unos sicarios lo secuestraron junto con su hermana Santa Agueda YI So-Sa. Asesinado, se convirtió en el primero, de un escuadrón de valerosos mártires de Corea.



San Adeodato I

26. Jesucristo Rey del universo.

San Leonardo de Porto Mauricio, presbítero (+1751). Religioso franciscano, gran predicador y autor de libros de piedad. Realizó más de 300 misiones en Roma, Córcega y otros lugares de Italia.

27. Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa.

Beato Bronislao Kostowski, mártir (+1940). Tomado prisionero durante la ocupación militar de Polonia en la guerra, fue llevado al campo de concentración de Dachau, torturado y asesinado, alcanzando el martirio.

28. Santa Catalina Labouré, virgen (+1876). Religiosa de las Hermanas de la Caridad. Vidente de las apariciones de la Medalla Milagrosa.

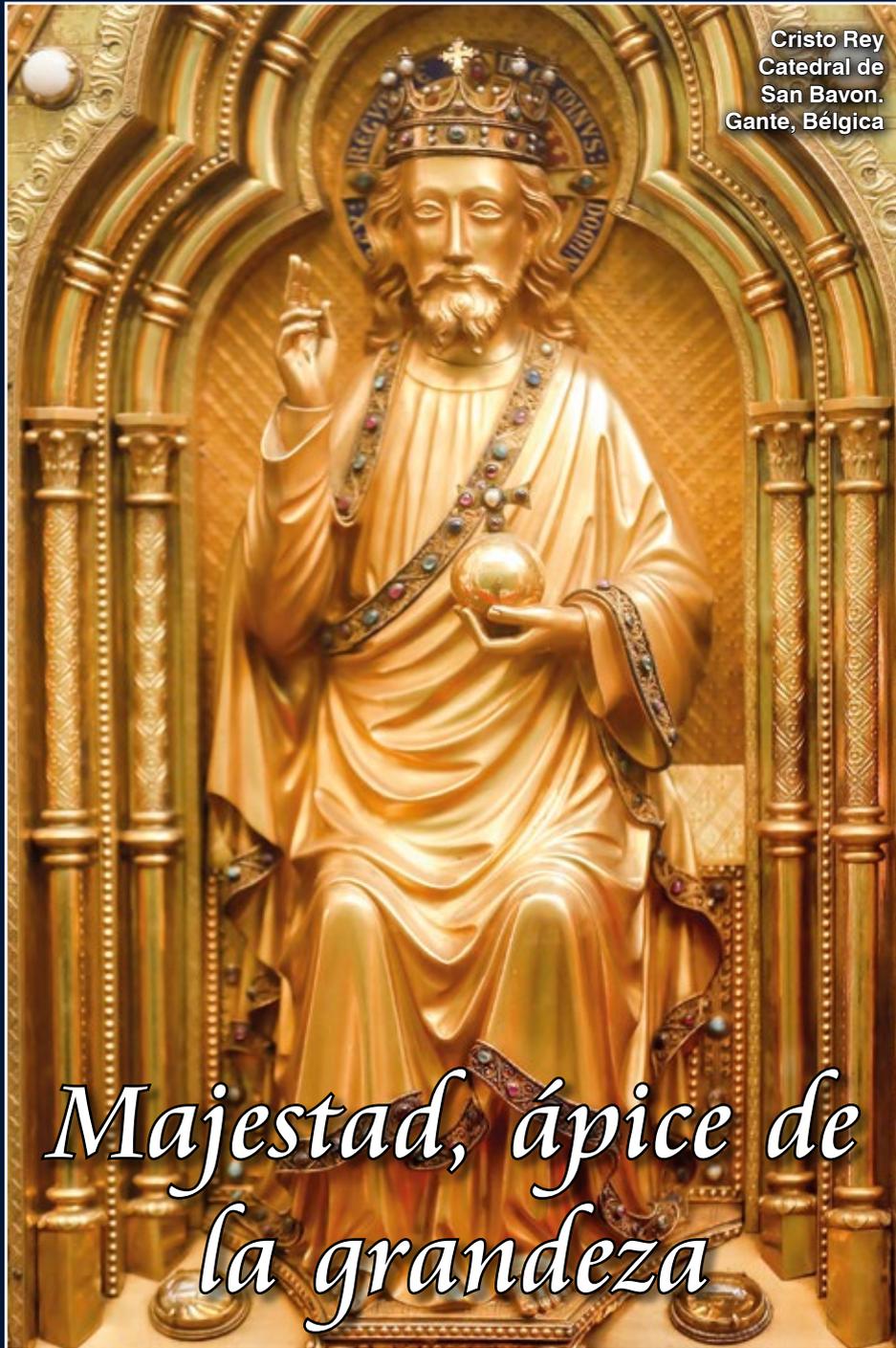
29. Bienaventurados Dionisio de la Natividad (Pedro) Berthelot, presbítero, y **Redento de la Cruz (Tomás) Rodríguez**, mártires (+1638). Religiosos Carmelitas Descalzos, tomados como esclavos por los mahometanos de Sumatra (Indonesia) que finalmente los asesinaron con sus lanzas.

30. San Andrés, Apóstol.



Flávio Lourenço

Cristo Rey
Catedral de
San Bavo.
Gante, Bélgica



Majestad, ápice de la grandeza

En Nuestro Señor Jesucristo el equilibrio entre la majestad y la bondad encantaba al Dr. Plinio. El Sagrado Corazón de Jesús tan majestuoso, pero siempre con una bondad llevada hasta el último límite de lo pensable, le dio la idea, desde pequeño de que el patrón más alto de la majestad era Él. Y, a su vez, allí existía un lugar naturalmente puesto para la devoción a Nuestra Señora.

La majestad se distingue de la grandeza, porque es el ápice de la grandeza. Pero no es cualquier ápice de ella el que define a la majestad.

Conjunción entre finalidad y perfección

Tomen, por ejemplo, algo banal como los cuatro dientes de un tenedor. Hay una razón para que sean en este número: corresponde a las dimensiones del bocado que la boca humana normalmente ingiere, al menos en las costumbres de Occidente. Fueron calculados por la costumbre, por la tradición y por un cierto sentido común presente en todo.

Si el tenedor pierde un diente no vale para nada. Se puede tirar. Si fuese de plata, mandamos fundirla para vender el metal, pero él en cuanto instrumento, ya no tiene utilidad.

La imagen del tenedor íntegro, lleva en sí la idea de perfección.

Aquello que es completo es perfecto. Aunque la perfección posea grados, en su género determinado, en aquél que es su estilo, todo cuanto es completo, es perfecto.

Algo perfecto, es, por tanto, aquello que por sí mismo realiza toda su misión. El tenedor no realiza la misión de alimentar al hombre, y sí la de pinchar alimentos, y eso es suficiente.

Las nociones de completo y suficiente se conjugan. Y cuando algo adquiere esta suficiencia, pasa a tener, en lenguaje filosófico, la perfección. Posee un grado, por lo menos mínimo de perfección. Puedo imaginar, por ejemplo, un tenedor de oro perteneciente a la Reina Elizabeth. Este sería sin duda, más perfecto.

Majestad: la grandeza de aquel que tiene el poder supremo

Ahora bien, la majestad es la grandeza de aquel que está colocado como primero, o en un orden de cosas, o en una asociación perfecta poseedora de todos los elementos necesarios para subsistir como debe. Es la piedra clave fuera de la cual todo el resto se desvanece.

De hecho, solo hay dos sociedades perfectas: la Iglesia y el Estado.

Esta es la enseñanza de la Iglesia: Ella es una sociedad perfecta, tiene todos los elementos para realizar su misión, y tiene el gobierno soberano, por encima del cual no hay otro.

La Iglesia es destinada al orden espiritual, el Estado al orden temporal.

El Estado es aquella sociedad perfecta de un pueblo, o de varios, colocados bajo la dirección de un mismo poder público soberano, no hay otro por encima.

Alguien podría decir:

“¿Pero la familia no es una sociedad perfecta?” No, es la *celula mater* de

la nación. Si quieren, en cierto sentido del Estado, pero la familia no es una sociedad perfecta.

Otro podría objetar: “¿Un partido político no puede ser considerado como una sociedad perfecta?” Se llama partido, luego no es perfecto, porque es una parte. La sociedad perfecta es un todo.

“¿Bien, pero una Universidad no es una sociedad perfecta?” No, porque existe dentro del Estado y necesita de él. El Estado no la necesita, pues está por encima.

Entonces, la verdadera majestad, en el sentido pleno de la palabra, es la grandeza de aquel que tiene el poder supremo en la sociedad perfecta: El Rey, o es el Emperador.

Así, se comprende mejor la etimología: *majus stat*¹ es aquel que es mayor que todos. Éste tiene majestad.

La majestad es, ante todo, de Dios

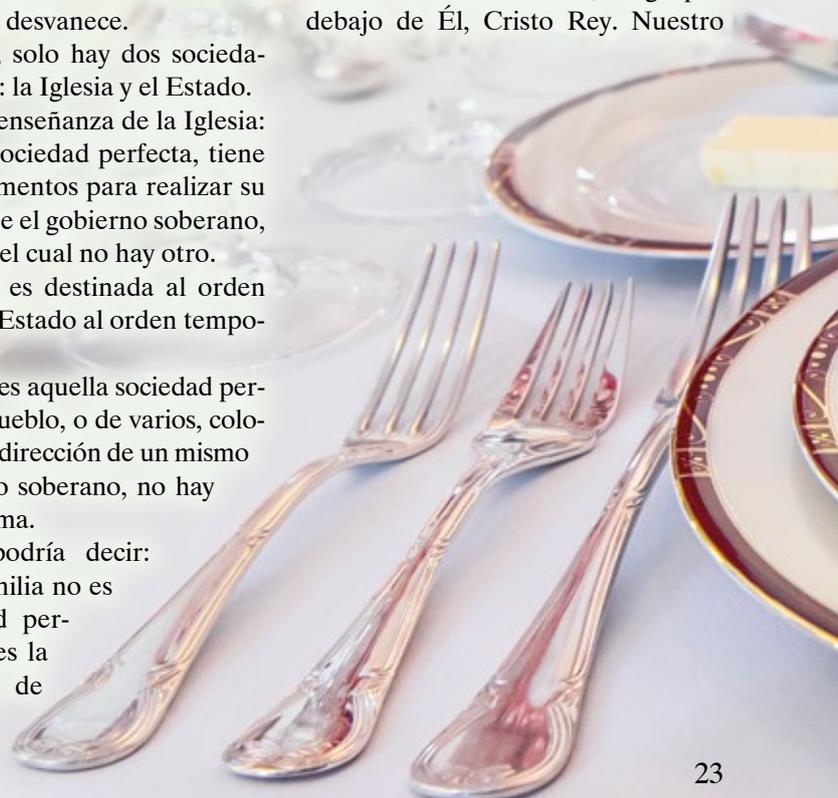
La majestad es, antes de todo, de Dios. Él es la Majestad. En comparación con Dios, *¿quis sustinebit?*² ¿Quién es algo en comparación con Él? Es en unión con Él, luego por debajo de Él, Cristo Rey. Nuestro

U.S. Military (CC3.0)



La Reina Isabel II en 1933

J. P. Ramos





Señor Rey tanto de la Iglesia cuanto del Estado. Es evidente. El Estado tiene obligación, en sus leyes, de conformarse en todo con los designios de Nuestro Señor Jesucristo.

Por debajo de Nuestro Señor Jesucristo está Nuestra Señora. Porque el gobierno de todo el universo le fue entregado a Ella por Dios, convirtiéndola en Emperatriz. Des-

pues viene el Papa y de modo sucesivo el Rey, el Emperador, el Jefe de Estado.

¿Cómo se explica que algunos jefes de Estado se constituyan con un poder que niega la majestad?

Por error de ellos. Porque incluso en una nación independiente, de índole republicana, se debería reconocer la grandeza de aquel que ocupa, aunque

temporalmente, las funciones supremas. El hecho de que sean provisionales disminuye la grandeza de la situación personal de quien las ejerce. Pero no disminuye la función en sí.

Por ejemplo, el dux de Venecia, era Jefe de Estado provisional. Era elegido por diez años. Más tarde parece que pasó a ser vitalicio. En cuanto era provisional, no era hereditario, o sea, aquel poder no pertenecía a su familia. ¿Cuál era su dignidad? Era la de ser dux. Dux quiere decir duque, en dialecto veneciano. Duque temporal, soberano de una región riquísima, pero pequeña. Era ridículo ser emperador. Por ejemplo, nadie es emperador de Luxemburgo. Sin embargo, estaba cercado de un fausto del cual daba una buena idea el Palacio de los Dux. O sea, el poder público, de sí, debe tener majestad.

En Saint-Germain l'Auxerrois, un hecho que ilustra la majestad

Alguien podría decir: “Usted trató la majestad en cuanto ligada al cargo ¿Pero una persona no puede tener majestad por un don natural?”

Puede, pero en este caso, tiene uno de los elementos de la majestad y, por ampliación, se afirma que tiene majestad. Es decir, si tiene una tal supremacía personal que, mirándola se piensa en la realeza, tiene los elementos que caracterizan al rey. No es un rey, pero es majestuosa.

Cierta vez, mi familia oyó misa en la Iglesia de *Saint-Germain l'Auxerrois* en París. Y vieron entrar a la Princesa Isabel de Brasil acompañada de una dama. Como era princesa, y aún no había explotado la Primera Guerra Mundial, se rendía, incluso en las Repúblicas, la honra de darles un lugar en el presbiterio. Ella entró y fue directamente para allí, ocupando el lugar que le estaba reservado.

Terminada la misa, mi madre y mi abuela, que no la conocían personal-

Flávio Laurencço



Nuestra Señora del Sagrado Corazón – Basílica de Nuestra Señora de los Remedios, Naucalpan, México



Iglesia de Saint-Germain l'Auxerrois, París

mente, vieron a la dama de honor venir en dirección a ellas, dirigiéndoles la palabra:

– Soy la Baronesa de Muritiba, dama de honor de la Princesa Isabel. Ella las vio a Uds. desde el presbiterio, y pensó que fuesen brasileñas. Entonces, me mandó manifestarles su deseo de conocerlas. Si quisieren, ella las espera en la sacristía.

Fueron hasta allí: Saludos, homenajes, y, en la conversación, la Princesa supo que mi madre estaba casada con un pariente de Joao Alfredo,³ diputado en el tiempo del imperio, muy allegado a la emperatriz. Supo también que mi abuelo era jefe monárquico en San Pablo, una cantidad de historias por el estilo. El resultado fue un convite de la Princesa Isabel para que todos los miembros de mi familia fuesen a tomar un *lunch*

en su residencia, en *Boulogne-sur-Seine*.

Fueron todos, hasta los niños, porque en aquel tiempo era costumbre conocerse las familias enteras, y no solo algunas personas. Tengo certeza que la Princesa Isabel, en nada se espantó de ver allí unas diez personas. Y para ellas, era una ocasión de poder decir a lo largo de su vida “¡yo conocí a la Princesa Isabel!”

Uno de mis tíos, tenía un hijo sordomudo que aprendió a hablar con un sistema inventado en Viena, lo que en aquel tiempo

Uno de mis tíos tenía un hijo sordomudo que aprendió a hablar con un sistema inventado en Viena, que



Princesa Isabel en 1887



en ese momento era novenario. Este chico era medio *détraqué*⁴. A pesar de eso, lo llevaron, por temor a dejarlo medio deprimido si todos los demás fuesen y él no. Tengo por cierto, que Doña Lucilia, la gran favorecedora de este sobrino votó a favor de su ida.

Llegando, quedamos todos de pie esperando a la princesa. Después de todo, ella entró, saludos. Cuando se fue acercando, mi primo, que alzaba la voz mucho más alto de lo natural, porque no oía, comenzó a hablar:

— ¿Esa es la princesa? ¿Quién imagina? ¡Una princesa tiene corona, tiene cetro, tiene un hermoso manto! ¡Esta viene vestida como mi abuela!

La princesa Isabel lo oyó y, con gran bondad, le dijo sonriendo:

— Verdad, hijo mío, no tengo ni el manto ni la corona, pero soy la princesa Isabel, y me complace conocerte.

¡Era muy majestuosa, un modelo de majestad!

Tendencia hacia lo excelente

Es propio del espíritu humano recto y bien constituido ver algo bueno y desearlo. Volvamos una vez más al ejemplo del tenedor: el espíritu humano bien formado siempre anhela algo mejor. De modo que, después de haberse regocijado durante algún tiempo con un buen tenedor, comienza a pensar: “¿Y cómo sería un tenedor mejor?”

Así, dependiendo de la inclinación personal, el ser humano se siente atraído por mil otras cosas que lo

Inspetoria Salesiana de São Paulo



Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, San Pablo

llevan a plantearse como podrían ser cada vez mejores, y algunas de ellas alcanzando el nivel de perfección. Esto, a su manera, corresponde a la majestad en ese género.

Por ejemplo, hay miles de idólatras de automóviles. Imaginen a un individuo de esos, de mente tan estrecha que nunca hubiera oído hablar del *Rolls-Royce*. Pero cuando encuentra un vehículo de esos, en un anuncio, queda encantado. Lee

los prospectos, contento de que haya algo de esta categoría que nunca será suyo, porque nunca tendrá el dinero para comprarlo ni mantenerlo. ¿Cuál es la razón de esa alegría? Vio la posibilidad de un ejemplar mejor dentro del orden de las cosas que le gustan.

Sin embargo, si apareciera un automóvil superior y más perfecto, se regocijaría aún más. Porque es natural que esta inclinación por lo excelente, por lo supremo de ciertas cosas, y por lo bueno de varias otras, florezca en el alma humana.

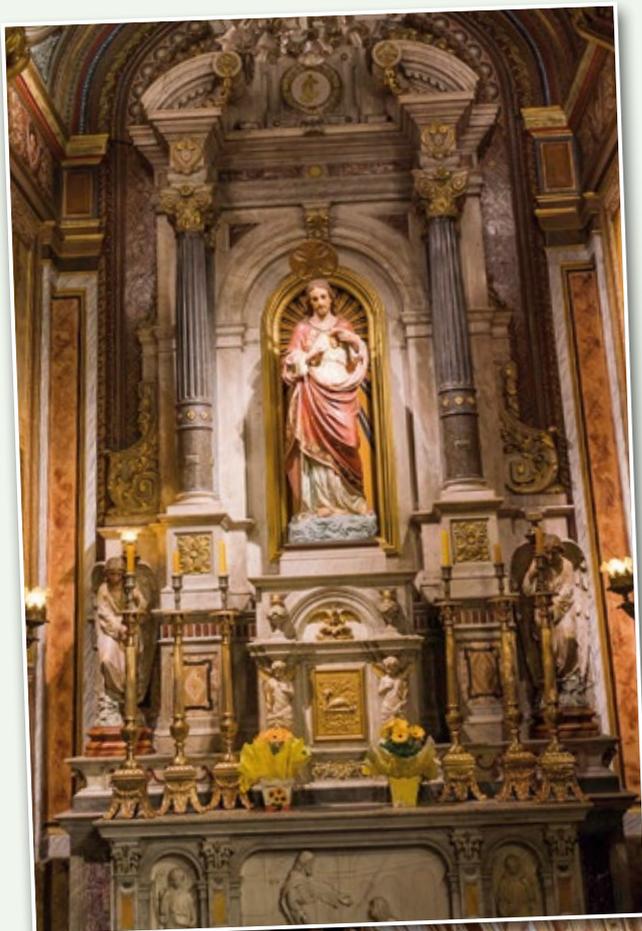
Por lo tanto, es comprensible que, desde pequeño, yo haya deseado, conocido y volcado mi alma hacia ciertas majestades. ¿Cómo surgió esto?

Corazón de Jesús de infinita majestad

En la Iglesia del Corazón de Jesús⁵ yo tenía todas las impresiones ocasionadas por el culto, por la liturgia, por los cantos, por el órgano, por la atmósfera de recogimiento, pero sobre todo por la Persona de Nuestro Señor, mientras mostraba su Corazón a los hombres. Esta devoción, inclu-

so por el mismo nombre de la Iglesia, era inculcada allí de diversas formas. En la torre, esa imagen dorada del Corazón de Jesús, con los brazos abiertos a toda la humanidad. ¡Su majestad así con los brazos abiertos, me emocionaba!

En el interior también hay una imagen, en el altar lateral a la izquierda de quien mira hacia el tabernáculo. No quiero decir en lo más mínimo que tenga valor artístico, ni que sea



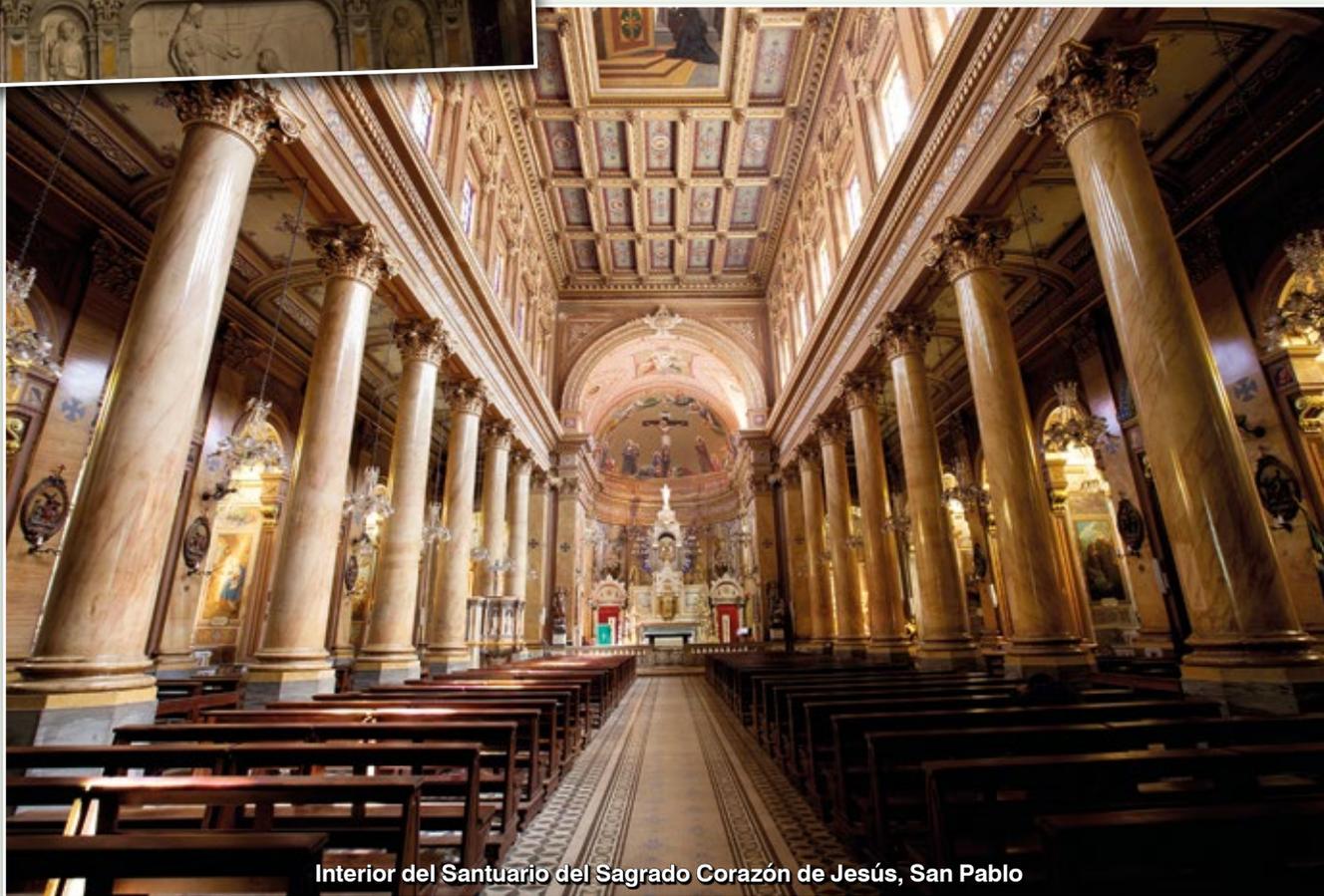
una obra de arte, es de artesanía. Sin embargo, es muy conmovedor, muy noble, y con el Corazón de Jesús expresando mucha bondad, con una grandeza misteriosa, que parece emanar algo para mí, viniendo del rojo bien elegido de su túnica, de los adornos dorados... Pero especialmente, de su cabeza, de su cabello... Sobre todo, la mirada, los rasgos de la cara. ¡Me parecía tan majestuoso y tan bueno al mismo tiempo! Tan infinitamente superior, y con tanta pena, tan vuelto hacia mí, y tan misericordioso, que pensaba: “¡Majestad es esto! ¡Y me gusta esta majestad!”

Cuando me encontré, en la letanía del Corazón de Jesús, con esa invocación

*Cor Iesu majestatis infinitae, misere-re nobis*⁶, la adopté y la inscribí entre mis invocaciones favoritas, ¡evidentemente!

En el techo de la iglesia del Corazón de Jesús encontraba la misma majestad expresada por una pintura que representa a Nuestro Señor apareciéndose a Santa Margarita María Alacoque. Y hay un letrero, en caracteres dorados sobre fondo verde, escrito en francés, porque esta santa era francesa: “He aquí el Corazón que tanto amó a los hombres, y por ellos fue tan poco amado”.

¡Este equilibrio entre la majestad y la bondad me encantaba! Él, tan majestuoso en la aparición, pero siempre con una bondad llevada hasta el último límite de lo imaginable. Me dio la idea de que ahí estaba el padrón más alto y pleno de majestad. Siendo Él *Rex regum et Dominus dominantium* – Rey de reyes y Señor



Interior del Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, San Pablo



de todos los que tienen dominio – era natural que una majestad de esta elevación fuera concebida en Él.

Luis C.R. Abreu

Nuestra Señora llena el vacío entre Nuestro Señor y el pecador

Por lo tanto, es a su vez, un lugar naturalmente colocado para la devoción a Nuestra Señora. Porque el culto a la majestad del Sagrado Corazón crea la siguiente situación: Cuando prestamos atención, la majestad de Él es tan grande que uno se siente aniquilado: “¿Cómo puedo acercarme a Él? ¿Cómo decirle: ¿Aquí estoy? Cuando siento en mí mismo el pecado original en el que fui concebido, ¡experimento el primer impulso de todos los desarreglos que todo hombre tiene en sí! Todo eso me aleja de Él”.

Haciendo estas consideraciones, yo adoraba su majestad al tiempo que Ella me repelía, pues ella miraba hacia eso en mí que a mí también me causa disgusto y, si pudiera, lo dejaría. ¡Yo adoro ese alejamiento! Por otro lado, sin embargo, me asusta. Porque Él lo es todo. Y, rechazado por quien es todo, ¿qué soy yo? Si Él no me rechazara, yo no lo adoraría. Si Él me rechaza, desaparezco... Entonces, ¿cuál es la solución?

En la brecha entre Él y yo – que, por algunos lados, debe verse como un abismo oscuro – hay un rayo de luz: la Virgen, Madre de Él y mía, que, como enseña la Iglesia, quiso la



muerte de su Divino Hijo para redimirnos, y la habría querido incluso si fuera para salvarme solo a mí o a cualquier otro hombre en la Tierra. ¡Qué misericordia!

La superioridad de María Santísima

Pero Nuestra Señora no es divina, no tiene esa superioridad de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Ella es superior a mí por yardas, años luz, cientos de siglos, no hay duda! Sin embargo, es una criatura. Por eso, me atrevo a acercarme a ella y re-

citar *el Memorare*, el *Ave Regina*, ¡y florecer! Porque Ella cierra la brecha entre Él y yo. ¡Este es el bienestar de mi alma!

En ese episodio del boletín del Colegio San Luis⁷, cuando estaba rezando angustiado ante la imagen de Nuestra Señora Auxiliadora y me sentía mirado por Ella con una bondad, una ternura, un deseo de perdonarme, con una lástima por mí, algo extraordinario, dos ideas me vinieron juntas, como un rayo. La primera fue: “¡Se parece a mi mamá!”; la segunda: “¡Mi mamá no llega, ni de lejos, a los tobillos de Ella!”

Su maternidad conmigo, no porque fuera yo, Plinio, no. Es por cualquiera, por un insignificante pecador, una migaja de niño pecador, que aparece ante Ella, temblando, más movido por la atracción que por la contrición; a este chico, ¡Ella deja caer el pétalo de una sonrisa!

De este hecho surgió la convicción: ¡O me aferro a Ella la vida entera, o me pierdo! ¡Mi negocio es con Ella! Volviéndome hacia Ella, pidiendo, queriendo saber de Ella, y girando en torno a Ella, al servicio de Ella. ¡Mi vida es para Ella!

A menudo, rezando la *Salve Regina*, recuerdo esto y de alguna manera revivo exactamente ese sentimiento. Cuando voy al Corazón de Jesús, ¡la visito como la Madre que me sonrió! Claro. Y mi hábito exactamente este: entro, me inclino ante el San-

tísimo, hago una adoración rápida y voy directamente a su altar para verla de cerca.

¿Y la imagen del Sagrado Corazón de Jesús? Por supuesto, voy a verla, adoro al Sagrado Corazón de Jesús, venero su imagen, yo sé que el mayor homenaje, el primero, se debe a Él. Pero en razón de la mediación de la Virgen, sin la cual no me salvaría, creo que es más respetuoso ir y pedirle primero que ponga mi alma en condiciones de comparecer ante Él. Y creo que ningún teólogo serio tenga alguna objeción a esto.

Admiración ante la gran majestad

Por el viejo hábito de enseñar, que lleva al desvío de darle carácter de clase a muchas cosas, he presentado el concepto de majestad tan claramente en su contenido abstracto. Sin embargo, al tratar del Sagrado Corazón de Jesús, pasamos de lo abstracto a lo concreto más sublime, más perfecto que puede haber, provocando una impresión de majestad muy grande que invita al silencio en la consideración de las naturalezas divina y humana en su Persona, bajo la invocación del Sagrado Corazón. Esta es la majestad de las cosas colocadas por Dios en el orden del universo.

Desde pequeño me intrigaba ver que ciertos líquidos que colocados en recipientes de cuello muy estrecho no salían, quedando retenidos por un corcho invisible. Pasé años sin entender por qué, pensando que algún día lo entendería, en función de algo superior. Mi profesor de física me dio una explicación, pero no me interesó.

Sin embargo, esta vieja imagen de mi curso de física me vino a la mente de repente, cuando se abordó el tema de la majestad. Pensé: “¿Ya ves? Es como la admiración.

Ella, ante la gran majestad, queda sin saber cómo expandirse, como el líquido en el cuello estrecho, porque despierta movimientos del alma tan grandes que el ‘cuello de botella’ de la voz humana es insuficiente para transmitir”. Y nos quedamos en el mutismo de aquellos que quisieran tener otros medios de expresión y no los tienen. Si yo fuera músico, tocaría una melodía; si fuera poeta, compondría poesía, porque dicen muchas cosas que las palabras no expresan. No siendo músico ni poeta, admiro por medio del silencio.

En el caso de Nuestro Señor Jesucristo, es mucho más que una admiración, es una adoración, un acto de culto. Esto es lo que sucedió. Me

alegro de que mis palabras hayan logrado despertar este acto de culto en relación a Él. ❖

(Extraído de conferencia del 29/10/1985)

- 1) Del latín: (sentido literal) el más grande está de pie.
- 2) Del latín: ¿Quién subsistirá?
- 3) João Alfredo Corrêa de Oliveira, tío abuelo del Dr. Plinio.
- 4) Del francés: desequilibrado, demente.
- 5) Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, iglesia ubicada en el barrio de Campos Elíseos, en São Paulo, Brasil.
- 6) Del latín: Corazón de Jesús, de majestad infinita, ten piedad de nosotros.
- 7) Sobre esto, ver *Revista Dr. Plinio* no. 122, p. 18-23.



Dr. Plinio en 1985



Alianza divina entre lo práctico y lo bello

En la Tierra, el hombre no vive sólo para gozar, sino, sobre todo, para ser un héroe y tener un alma capaz de grandes osadías. Para eso la providencia alió lo práctico a lo bello en la Creación, y así proveyó a las necesidades corporales y espirituales del hombre, a fin de que pudiese estar siempre invitado a alcanzar el Paraíso Celeste.

A mediados del siglo XX, la idea de arte que entraba en la arquitectura conjugaba algunos elementos: lo máximo de uniformidad y simplicidad, con colores inexpressivos, teniendo en mira principalmente el aspecto funcional, techos bajos, líneas rectas, preponderando la figura geométrica del cuadrado.

Resultan de allí dos movimientos, dos tendencias: lo práctico, lo funcional, lo simple y lo económico, contra lo artístico, lo elegante y lo leve. Lo práctico achata. Lo elegante eleva.

Lo práctico para el cuerpo y lo bello para el alma

Ahora, el conflicto de esas tendencias, ¿qué relación tiene con la doctrina de la Iglesia y la lucha entre la Revolución y la Contra-Revolución? La tesis a desarrollar es: no hay un conflicto verdadero entre lo práctico y lo bello, sino que es algo artificial creado por la Revolución para producir en el hombre un efecto que dentro de poco explicaré. En realidad, ese conflicto es falso y deja des-



J.P. ramos



norteado al hombre, pues él precisa de cosas prácticas para vivir. Nadie puede vivir en un mundo sólo de belleza, respirando apenas arte y poesía.

Cuando Nuestro Señor dice: “No sólo de pan vive el hombre” (Mt 4, 4), afirmó de modo implícito que el pan es también indispensable. Y la experiencia de todos los días lo torna evidente. Lo económico, lo viable, lo posible, lo práctico, por tanto, corresponde a una necesidad imperiosa; lo útil, inclusive, es uno de los valores del orden del universo.

El principio, entonces, es el siguiente: el hombre necesita de lo práctico para el cuerpo, pero necesita de lo bello para el alma, pues ella no come pan ni respira oxígeno. El ser humano no es apenas, como se acostumbra decir, un conjunto de alma y cuerpo, como si fuesen dos valores de igual alcance, yuxtapuestos en la constitución de un mismo individuo. El elemento principal del hombre es el alma y el cuerpo existe para servirla. El alma humana desea la verdad y la belleza, porque fue creada a imagen y semejanza de Dios. Él es la Verdad y la Belleza infinitas. Por eso, el Creador llenó su Obra de estos dos predicados para que el alma humana, amando en la tie-

rra esos dos atributos, se volviese, ella misma, autora de pensamientos verdaderos y de realizaciones bellas...

Dos descendencias opuestas del espíritu humano

Yo llamo a las obras del ingenio humano de “nietas de Dios”, porque el alma humana es hija, pero lo que ella engendra puede ser considerado como un nieto del Creador. El hombre engendrando las nietas de Dios, las verdaderas obras de arte, se prepara para el momento de comparecer delante de Él, la Eterna Verdad y la Eterna Belleza; y volando de entusiasmo con relación a Él, el espíritu humano casi podría componer la siguiente oración:

Dios mío, durante toda mi vida procuré la belleza y la verdad, sabiendo que solamente las encontraría en Vos, ¡pues sólo contemplándoos cara a cara las podría conocer! Sin embargo, puedo afirmar: ¡Las encontré en la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana! Pero, por santa y bella que fuese vuestra Iglesia, vuestra Esposa, Vos erais, oh Señor, no apenas el Dios de la verdad y de la belleza, si-



Luis Samuel



Tomas T.



APÓSTOL DEL PULCHRUM

Thomas T.



Gabriel K.



Luis Samuel



Gabriel K.



no que erais todo eso en esencia, en un grado inimaginable e insondable. Mi alma ahora os desea encontrar, Justo Juez, ¡Vos sois mi recompensa demasíadamamente grande!

La Revolución quiere eliminar eso de la vida, poniéndonos la alternativa:

–Escoja: Lo práctico o la belleza; en materia de verdad quédese apenas con la pequeña verdad plana de las ciencias útiles. El resto es antigualla.

A eso podemos responder:

–¡No! ¡El resto es tradición, es eternidad!

Explicaré ahora lo práctico y lo verdadero en la obra de Dios, para que veamos después como la Revolución la desfigura, engendrando realizaciones que son nietas del demonio. Porque si es hijo del demonio todo aquel que hace la obra de la Revolución, aquello engendrado por él es nieto del demonio. Veremos, por lo tanto, dos descendencias: A los pies de la Virgen, los hijos de Ella; y las obras de la serpiente. Contemplaremos la sonrisa de Dios, y la maldición de Dios.

Un reflejo de lo práctico y bello plasmado por Dios en la Creación

Vemos en una de las ilustraciones un lindo espectáculo de la naturaleza, directamente creado por Dios: el litoral, el mar. Esa masa líquida enorme se mueve bien próxima a la playa humedeciendo la arena, pero no llega a la arena más distante. Algunas olas parecen dar la impresión de que son enormes, trayendo un oleaje colosal, pero son pequeñas. Ellas son de una tal belleza, repiten en punto pequeño, gracioso y encantador, toda la majestad y toda la grandeza de las cosas enormes.

Si nos imaginásemos un hombre pequeñito colocado en presencia de esas olas, sería una tragedia. Mas que linda tragedia enfrentar una espuma tan bella, tan bañada por el sol, y vista en sus puntos culminantes, casi se diría que es una espuma de luz. Por detrás, la masa de agua parece más bien un tejido, un satín maravilloso, con movimientos diversos, plácida en el fondo, que se aproxima más movediza y llena de Sol. En lo raso queda un poco agitada, para morir de modo manso en el contacto con la tierra. ¡Todo eso es lindo y tan artístico! Bien podríamos imaginar, del fondo de aquel Sol invisible y de aquel litoral, un camino de luz, y Nuestra Señora viniendo, caminando sobre las aguas en ese camino de luz ¡Qué maravilla!

Contemplan ese dorado. Nuestro Señor dice en el Evangelio: Ni Salomón, con toda su gloria, se vistió como los lirios del campo (cf. Mt 6, 28 – 29). Yo les pregunto: ¿Qué potentado, en toda su gloria, se vistió con un tejido parecido a la “seda” de ese mar?

Pues bien, ese es el mar profundamente funcional, sin cuyo movimiento e influencia en el equilibrio del universo, todo el desarrollo de la Tierra sería imposible; es un



vivero enorme de una cantidad incontable de bienes preciosos para el hombre, desde peces útiles para la alimentación humana, hasta el tan precioso petróleo, que la humanidad comienza a adorar... Todo se encuentra en el mar, y se encuentra en tal cantidad, que algunos técnicos de la UNESCO llegaron a afirmar que las riquezas obtenidas en la tierra son menores que las existentes para el hombre en el mar. Vean como todo eso es bello, y al mismo tiempo práctico. ¡Esa es la sabiduría de Dios!

Ninguna duda: ¡el agua es una de las más bellas criaturas de Dios! Es bella en todos sus aspectos, inclusive cuando es espumante. Se diría ahí que alcanzó el auge de su belleza: ¡es maravillosa! También es bella cuando la vemos plácida, casi parada, deslizándose en un largo serpentear, reflejando el cielo de un modo tan admirable, que parece más bonito visto dentro del agua. ¡Es una verdadera belleza!

¡Cuanto capricho y fantasía en esa línea que ningún dedo humano trazó! ¡Qué utilidad enorme! Toda la vegetación del paisaje, brillando y creciendo exuberante a la luz del Sol, existe por causa del agua. Imaginen que esa agua no existiese o no lloviese en los alrededores, con certeza tendríamos el desierto del Sahara. La alegría, la fecundidad y la belleza de la tierra vienen del contacto con el agua. Agua plácida y bella, que se parece más a una laja de piedra preciosa hecha para que camine un rey o una princesa. Agua práctica y útil, ¡qué maravilla de Dios!

Bienes del espíritu aliados a los bienes del cuerpo

Las obras de Dios son muy variadas. A veces tienen un ímpetu extraordinario como un trueno, o una avalancha que está cayendo, o hasta las olas del mar en un maremoto. Otras veces son tranquilas y plácidas. En ese paisaje, por ejemplo, hay un río. Él no tiene ningún apuro en llegar a la desembocadura, va corriendo tranquilamente, casi que jugando con la tierra. Tiende hacia un lado, pero la tierra le impone un obstáculo, entonces sonríe y flanquea sin prisa, y continúa hacia el otro lado. Está la inmensa mata verde obstaculizando el curso del río... ¡Qué bonita península!

Cómo sería interesante imaginar si aquí, junto a ese pequeño bosque refrescante hubiese una casa agradable, toda rodeada de agua y de tierra fecunda, en un ambiente práctico hecho por Dios para el hombre. ¡Cómo sería bueno vivir allí! Y no cerca de una Terminal de buses hecha por los hombres. Cuánta belleza Dios quiso que tuviesen las cosas prácticas. ¡Cómo el cuerpo está bien atendido en ese lugar! Es posible que en ese río haya peces.

Esa tierra da de todo. Es tierra del Brasil, de la cual dijo Pedro Vaz de Camiña, escribiendo al rey D. Manuel, en el primer reportaje hecho sobre el Brasil: “Esa tierra, señor, es dadivosa y buena; y si se planta en ella, da de todo”.

Aquí está la tierra dadivosa y buena, el agua hermosa y el suave movimiento de las colinas, hechos para que el hombre sonría un poquito. Allí despunta una planta que



retiene los rayos del Sol y parece hecha de luz, para que los hombres piensen cómo este astro es bello. Las nubes se miran sobre la superficie tranquila del agua. Se diría que ellas se espantan con su propia hermosura reflejada en el agua.

Bienes del espíritu al lado de los bienes del cuerpo. Cómo la Providencia supo aliar lo práctico a lo bello, de tal manera que la primera cosa notada por el hombre es lo bello y sonrío encantado. Y todo eso nosotros lo tenemos en esta tierra de exilio. Imaginen lo que sería el Paraíso Terrestre. ¡Imaginen, sobre todo, cómo será ese lugar incomparable, el Paraíso Celestial!

Ambiente que convida al alma para la contemplación

En esa fotografía la naturaleza es europea y, por lo tanto, bien diversa de la nuestra. Encontramos en lo alto de ese monte una pirámide, no hecha por algún faraón, sino hecha por gigantescos movimientos de la corteza terrestre, en épocas incalculables. ¡Vean la belleza del juego de luces en ese panorama! Aquella luz plateada, discreta, se concentra en la ladera helada de ese pico de cerro, pareciendo iluminar toda la parte nevada. Después, un verde denso y profundo desemboca en un abismo oscuro. No. La luz baja y es condensada por esa niebla ligera reflejada en varios puntos, y trae junto al hombre todos los esplendores de ese pico inaccesible.

De nuevo aparece el agua. Esta vez corre compacta caudalosa, serena, fría, casi tanto cuanto el pico de ese cerro. Todo el panorama es hecho de alturas. Los propios árboles parecen pináculos vegetales tendientes a subir y a compararse con el pináculo mineral. Son graciosos y leves para compensar lo macizo de la montaña. Sin embargo, vino el frío y el árbol perdió sus hojas, que poco a poco comienzan a renacer. El árbol demuestra ahí toda su belleza y delicadeza extrema, pero también fuerza, luz brillante y radiosa; obscuridad, ambas invitan a la contemplación recogida y seria. Aguas que indican el

pasar continuo de todas las cosas terrenas. Es la frase de la Escritura: *¡Sic transit gloria mundi!*

Las grandes luces están en los pináculos de la fe

Las grandezas de esta tierra se escurren como el agua, pero solamente Dios es eterno. Dios está representado en aquel monte que nunca muda, es siempre el mismo. El río de la Historia pasa, los hombres pasan. Dios, en lo más alto de su gloria y de su luz, continua intacto. Es una verdadera lección de religión, de armonía de virtudes: delicadeza y fuerza, pureza, recogimiento, esplendor, sabiduría, todo reunido es esos ambientes. Habitable para el hombre; deleitable. No hay a quién no le gustaría vivir allá cerca en un chalet bien abrigado, viendo esa naturaleza helada, pero saludable, y nutriéndose de sus frutos y de la crianza de animales. ¡Práctico y bello!

Vicente T. Marqués



João C. V. Villa



João C. V. Villa



Ahora, delante de esos grandes panoramas el hombre acaba por ser desafiado: “¿Tiene usted el coraje de subir?” ¡Vea las piedras resbaladizas! ¡Qué caminos resbaladizos y difíciles! El desafío está en la atracción. No hay quién no sienta ganas de llegar hasta lo alto, de bañarse en esa luz y quedarse inmerso en ella. ¡Cuánta energía es necesario!

Gran lección moral: realmente, las grandes luces están en los pináculos de la virtud, de la fe y de la sabiduría. Pero es preciso fuer-

za para trepar esos pináculos. Dice Nuestro Señor en el Evangelio: “El Reino de los Cielos es arrebatado a la fuerza y son los violentos los que lo conquistan” (Mt 11, 12). Aquí está lo alto de ese panorama. El invita a los violentos a las grandes ascensiones, a los grandes hechos. En la Tierra, el hombre no vive solamente para gozar. Él vive para ser héroe, para tener un alma capaz de grandes cosas.

¡De otro lado, cuanta cosa práctica hay ahí! Alguien dirá:

–No lo veo. ¿En esas plantitas que tal vez un ganado coma? ¿Qué hay de práctico en todo eso?

Imaginen la Tierra sin montes, es evidente que todo su equilibrio se perjudicaría. Esas montañas enormes, son columnas del equilibrio terrestre.

¿Qué decir? Parece un cuento de hadas como el de “Alicia en el país de las maravillas”. Nos parece tan apetecible esa nieve, da ganas de tomar una cuchara y comerla. Tan simpático ese camino, pensamos en un trineo y unos renos para correr por él velozmente. Pero, después de eso, ¿quién no tendría la tristeza de no poder llegar hasta un pico de esos? Ese es un pico que está encima de muchos otros que ya fueron alcanzados por ascensiones penosas, y que invita a otras aún más arriesgadas. Y a los montes, puestos unos encima de los otros, bañan el azul profundo que nos habla en el cielo de todos los ideales.

Hay un trecho de la Escritura, aplicado a Nuestro Señor, que dice: “*Mons domus Domini in vertice montium, et eleva-*



bitur super colles” (Is 2, 2) – la montaña de la casa del Señor será colocada en la cumbre de las montañas y se elevará sobre las colinas. Allí está Nuestra Señora: más virginal, más nívea, más pura que todo lo que se pueda imaginar. Ahí están los otros santos de la Iglesia Católica: albos, brillantes, altos, pero ninguno de ellos llega hasta María Santísima. Por encima de Ella, apenas está Dios, representado por ese cielo de añil creado por Él mismo, para decirnos que está por detrás y que sólo en la otra vida Lo alcanzaremos. ❖

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia del 10/2/1974)

1) Del latín: Así pasa la gloria de este mundo.

Luz por detrás de las brumas

Hay algo en la imagen de Nuestra Señora de las Gracias que dice: "Hijos míos, es verdad que está muy duro, pero detrás de los acontecimientos yo preparo una solución. Pedid, rezad, yo vendré y atenderé, pues siempre hay algo para vosotros. No os atemoriceis, por detrás de las brumas estoy yo con mis anillos luminosos que vuestra súplica puede volver aún más brillantes. Cuando caminéis un poco en la neblina, ella ya comienza a quedar iluminada por efecto de mi luminosidad que llegará hasta vosotros."

(Extraído de conferencia del 28/9/1981)